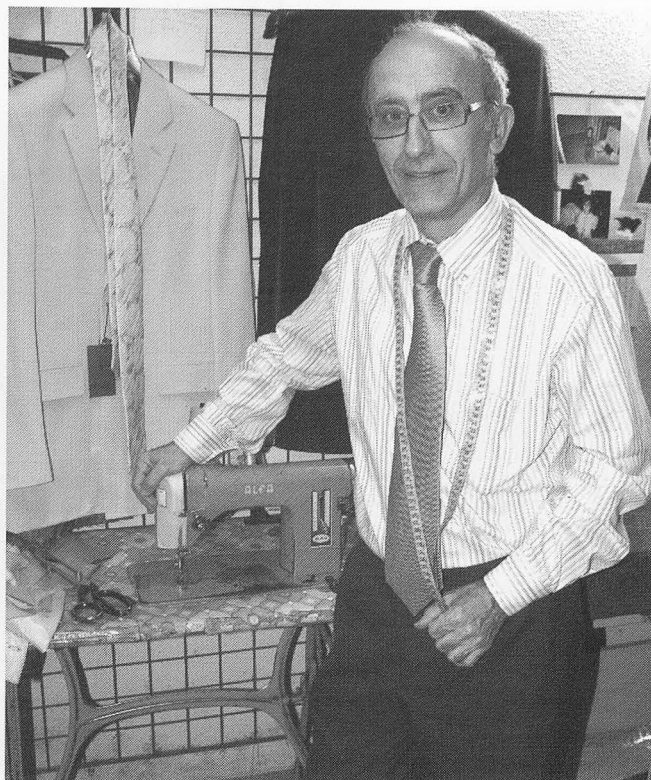


Puerta del Sol y se apuntó a una academia de corte. Pero, claro, en casa no podían permitirse lujos y logró un trabajo como ayudante de cortador en “Celso García”, unos grandes almacenes famosos por aquella época. Así, estudiando y trabajando, sin un minuto libre, se formó y se ganó la vida durante tres años, el último en la mili “como era el cuarto hermano elegí destino y pude seguir en el trabajo y en la academia”. De Madrid se trajo lo esencial: formación, espíritu de trabajo y visión comercial “descubrí que cosiendo no llegaba y empecé con la confección”.

De vuelta a casa

Julián regresó a La Solana como sastre profesional. Buscó local y lo encontró en la calle Concepción, 13, donde alquiló un inmueble propiedad de Melchora Sancho “una mujer que me enseñó muchísimo”. El 24 de junio de 1971 inauguró “Díaz-Cano Sastre”. Pero al año y medio por fin se decidió a montar su propia tienda para vender confección. Contrató trece chicas para coser y logró una exclusiva con la firma Cortefiel “fueron ocho años magníficos en los que trabajamos a tope”.

La prosperidad y el afán empresarial de Julián Díaz-Cano le permitieron adquirir en propiedad otro inmueble en la calle Carrera, en el corazón de La Solana,



cuyo comercio abrió el 24 de septiembre de 1980, cuando arrancaba otra época de vacas gordas para el sector. Los ochenta marcaron la mejora de las economías familiares, el impulso lógico del consumismo y, por ende, la eclosión de la vida comercial en la ciudad “eran los años de la cebolla y la gente venía a la tienda con los billetes en la mano”. Tan buena era la época para el textil que las costureras se fueron a otras fábricas de confección, que por entonces comenzaban a proliferar.

Los caprichos de la evolución y de la moda le obligaron a pasar más tiempo

tras el mostrador que tras la mesa de cortar. De hecho, a finales de los 70 la gente comenzó a comparar trajes a medida con trajes de fábrica y los gustos y costumbres cambiaron por completo. El cliente ya compraba según exposición, según catálogo. Sastre pasó a ser un oficio con poco futuro, limitado al albur de esporádicos encargos o de trabajos especiales. Julián Díaz-Cano evitó el colapso merced a su evolución profesional y a su visión comercial, eso es indudable. Ni siquiera la crisis de los años 90, donde inició aventuras con vestidos nupciales y formó parte del extinguido “Grupo Enlace”, tumbó el negocio.

Ahora, con el regreso de los buenos tiempos “hasta que duren”, el comercio de Julián Díaz-Cano sobrevive con cierta solidez. Tanto es así, que hace unos años abrió otra tienda en la vecina Valdepeñas que regenta su hija pequeña. En este sentido, se siente orgulloso de haber concluido la obra de su vida. En compañía de su mujer, Justa, pieza básica en la construcción de este edificio, ha logrado hacerse a sí mismo, crecer, mantenerse y legar a su prole una formación y una rampa económica de lanzamiento. Él no dejará el mostrador mientras la hora de la jubilación no toque a su puerta. Eso sí, ni siquiera ese día dejará de ser y de sentirse sastre, el último sastre de La Solana.

“A un traje le hago cosquillas”

“La moda es un saco, cuando se llena vuelve a salir”. Esa máxima no falla. Han vuelto el pantalón de campana, la camisa entallada y las gafas de sol de gran tamaño. A un sastre, también lo buscan de nuevo.

Julián Díaz-Cano reconoce que la gente lo llama para adaptar trajes, aunque no sean hechos a medida desde el corte, y eso le gusta “me sigo pasando horas y horas en la mesa de cortar, arreglando ropa”. Muchas veces, dice, “mis clientes salen con un traje hecho casi a medida”. Que si el hombro, que si la axila, que si el cuello, que si la manga... Da lo mismo. Julián presume de hacer cualquier cosa con una prensa de vestir, por ejemplo con un traje “a un traje le hago cosquillas”.

Su comercio ha hecho casi de todo: abrigos, pantalones, pelizas, americanas, trajes y hasta chaquetas de dril. Todo, excepto camisas. Y, por supuesto, encargos concretos. Julián Díaz-Cano ha cosido cinco trajes a la Banda de Jesús Rescatado, entre ellos el de la Guardia Real y el de la Legión, otros cuatro a la Banda de San Sebastián, además de capas españolas para las actuaciones de zarzuela, entre otros muchos trabajos.

Como el hombre orquesta

Julián Díaz-Cano es como el hombre-orquesta. Nadie podrá discutirle su inquietud como persona ni su compromiso con muchas cosas más que su propio negocio. Ha sido presidente de la Asociación de Comerciantes, de la Asociación de Niños Bielorrusos, de la Organización de Profesionales Autónomos, tesorero de Jesús Rescatado... Por si fuera poco, también ha hecho sus pinitos como locutor de radio, en la antigua Radio Iris y en la actual Radio Horizonte, actor de zarzuela, presentador de actos..., su vida ha sido, y es, nunca mejor dicho, la máxima expresión de un cajón de sastre.